



los relatos de calibre ⚡38

# AMORES QUE MATAN

© Ignacio Barroso Benavente

Música de ambiente. Un garito de moda. Música de mierda. Acordes comerciales. Gente VIP deambulando de un lado para otro. Adonis y Afroditas de gimnasio y rayos uva. Tatuajes. Piercings. Poca ropa. Mucha piel a la vista. Yo: sentado en un incómodo sofá. Frente a mí, el tipo que me ha contratado. Entre los dos: una mesa bajera de aluminio, dos vasos de whisky con hielo, un paquete de tabaco, una rosa roja y una fotografía. Miro la imagen. Una mujer hermosa. Ojos oscuros. Facciones agradables a la vista -y al tacto, supongo-. Media melena. Sonrisa cautivadora. Vamos, ese tipo de mujeres por las que volverse loco. Y para muestra, mi compañero de escenario.

—Quiero que sea rápido. Que no sufra. Un disparo en la cara y ya está —dice, mirando de manera nerviosa a su alrededor.

—Esa ejecución pondrá a la Policía tras tu pista —le comento—. Suena demasiado pasional. Lo suyo sería algo más frío, que se pueda achacar a cualquiera: un robo que sale mal, una caída accidental a las vías del metro. No sé, cualquier cosa menos algo tan directo.

Parece pensárselo. Mira la fotografía. Luego el whisky. Da un trago. La mano le tiembla levemente. Vuelve a dejarlo en la mesa. Me mira con ojos suplicantes. Coge aire. Sus hombros ascienden.

—Lo dejo en tus manos —dice. Después coge el vaso, lo apura de un trago y se pone en pie—. He de irme.

Le veo desaparecer de la escena. Me quedo solo. Observo la imagen con detenimiento. En el bolsillo trasero de mis pantalones: una dirección manuscrita y un teléfono. Me acaricio el mentón, pensando en cómo hacer las cosas. En función de la implicación en el negocio, las tasas varían.

—Si me regalas la rosa, te invito a una copa —dice una voz delante de mí.

Vuelvo al mundo real. Una chica me mira expectante. Vestido blanco semitransparente. Piel morena. Ojos castaños. Labios sensuales. Un escote que me incita a bajar la mirada unos centímetros más allá de su barbilla. Dejo a un lado los preparativos de la operación. Sonrío. Me acomodo en mi asiento. Cojo un cigarrillo.

—Hecho —respondo, encendiéndomelo con pose de tipo duro de Hollywood y señalándole el asiento que tengo enfrente.

Comenzamos a hablar. Conversación banal. Como capítulos de relleno en una mala novela en la que desde la primera página se sabe qué final le espera a los protagonistas. Un mundo sin fin que

conduce a algo predecible. Me habla de ella. De sus aficiones: resulta que le gusta salir a correr, la naturaleza, los animales y la poesía. Pongo cara de: “Qué interesante”. Trabaja en una multinacional, en el área de Recursos Humanos. Abro los ojos y enarco las cejas, tratando que mis músculos faciales se encarguen de mostrar el interés que no tengo. Cuando me toca hablar de mí, intento escurrir el bulto. Trabajo un poco en esto, en lo otro. En lo que va saliendo. Tampoco es plan decirle a alguien a quien acabas de conocer y a quien, una vez que salga el sol y te marches de su casa, no volverás a ver en la puta vida que vives de negocios turbios.

El alcohol hace su trabajo. Entumece nuestras mentes. Despierta otros instintos. Lastra nuestras lenguas con sílabas imposibles de pronunciar a esas horas. Hace largo rato que la música ambiental ha dejado de ser una mierda, para pasar a ser una mierda-escuchable-en-según-qué-condiciones. Salimos a la calle. Una leve brisa barre bolsas de basura sobre las aceras desiertas. Me subo las solapas de la chaqueta. Ella se frota las palmas de las manos. Tiene frío. El romántico que llevo dentro le echa un brazo por encima de los hombros. Ella apoya la cabeza en mí. Comenzamos a caminar. Siento su cuerpo cerca del mío. Ella también y se aprieta más contra mí. La noche ha comenzado.

El sol entra a raudales por la ventana. Abro los ojos. Una pregunta

surca mi cabeza resacosa: “¿Dónde coño estoy?”. A modo de respuesta algo se mueve a mi lado. Miro debajo de las sábanas. La tía de la noche anterior. Desnuda. De espaldas a mí. Un tatuaje con letras chinas recorre su espalda. Por curiosidad levanto las sábanas que se ciñen a mi cuerpo como una mortaja. En efecto: estoy desnudo. Miro a mi alrededor. Una habitación desconocida. Condones por el suelo. La rosa marchita y pisoteada. Mis pantalones colgando del respaldo de una silla. Como accionado por un resorte me pongo en pie. Me acerco a ellos con cautela. Los inspecciono. En un bolsillo está la foto de la mujer que tengo que apartar de la circulación. En otro, un sobre con parte del dinero: un adelanto. En el trasero, la dirección y el teléfono manuscritos. Suspiro aliviado. Me visto a toda prisa. Miro a la tía con la que he pasado la noche. Ella sigue dormida. Respiración pausada. Sueño placentero. Giro sobre mis talones y salgo de la habitación. Lejos de ser la pensión de mala muerte y paredes de papel que imaginaba, estoy en una casa en condiciones. Camino por un pasillo de suelos de parquet. Busco la salida. Inspecciono las habitaciones que me encuentro a mi paso: un dormitorio, un cuarto con un tendedero de ropa. El baño. Hago una parada. Me lavo la cara. Me veo en el espejo. Aspecto demacrado. Vuelvo al pasillo. Un salón con estanterías de obra y un televisor de plasma de tamaño descomunal. La cocina. Un giro de noventa grados y la puerta de la casa. Salgo. Es hora de empezar a trabajar.

El día avanza. La resaca me da una tregua. Repaso mentalmente lo que sé acerca de mi objetivo. Veintiocho años. Hasta hace poco felizmente, o al menos eso pensaba él, comprometida con mi cliente. Una vida normal y anodina. Hasta que llegó el crack de los veintinueve. Un tío cachas de gimnasio. Vividor. La antítesis del novio formal de toda la vida que había tenido. Pequeños escarceos. Encuentros furtivos. Un romance que comienza a fraguarse. En fin, lo de siempre en estos casos. La nota discordante, la conclusión. Lo habitual es que el cornudo de turno me contrate para inflar a hostias al otro. Asustarle. Amenazarle. Recurrir a la fuerza bruta en resumidas cuentas. Algo que no sirve de nada, pero en sus torturadas mentes es la única solución: demostrarles que el macho alfa está dispuesto a todo -incluso a pagarme seis mil euros por paliza-, con tal de recuperar a su prometida. Una idea estúpida. Normalmente el tío sale del hospital y la pareja se muda. El cornudo se queda solo y sin dinero. Lástima por ellos. Yo trabajo así. No hago descuentos ni devuelvo el dinero si el cliente no queda satisfecho. Capitalismo: oferta y demanda.

Volviendo a la tía de la foto. Lo chungo de este encargo, es que tengo que matarla. No le vale con la tónica general. Nada de acabar con el rival. Algo más visceral: acabar con el problema. Muerto el perro se acabó la rabia. No me gusta demasiado, pero hay que pagar hipotecas y facturas.

Vuelvo a observar la foto. Enciendo un cigarrillo. Doy una calada. Echo el humo sobre la instantánea. Pienso en cómo hacerlo. No es lo mismo dar una paliza a alguien que esto. Normalmente no es necesario actuar con nocturnidad y alevosía. Basta con estar en un bar cerca de donde vayas a darle el recado. Fingir estar borracho en la barra. Salir a la calle. Sacudirle y desaparecer. Ahí se acaba el problema. Nadie ha visto nada. Nadie sabe nada. Problema resuelto. Pero otra cosa es matar a alguien. No vale montar un cristo en mitad de la calle y tratar de irte de rositas. La gente en una pelea, a veces, media para que no llegue la sangre al río. Pero si la cosa pasa a mayores: disparos o cuchilladas, los peatones despistados se comportan peor que un agente federal en las series americanas. Dan descripciones. Alguno te persigue. En fin, que aquí tengo que hilar fino. He de lograr abordarla, pero sin levantar sospechas.

Sigo pensando. La tarde pasa. La noche comienza a despertar. Un cenicero repleto de colillas. La boca con sabor a autopista. Y dolor de cabeza. Es todo cuanto he sacado en claro en todo el día.

Miro el reloj. Son las once y media de la noche. Me pego una ducha rápida. Necesitada como agua de mayo. Efecto despejante. Me visto y salgo a la calle. Necesito que me dé el aire. Deambulo como un sonámbulo por la calle. Relaciones públicas me ofrecen copas y chupitos a precios de risa. Paso de ellos. El garrafón para otros. Compro una lata de cerveza a un vendedor ambulante.

Camino sin rumbo fijo. Llego a una plaza mal iluminada. Niñatos de botellón. Niñas jugando a hacerse las borrachas. Estupideces de adolescentes. Me enciendo un cigarro. No tienen más de dieciocho años, pienso. Sin poder remediarlo, recuerdo cómo era yo a esa edad. Un hijo de puta, igual que ahora, pero sin canas y con acné. Esbozo una sonrisa cansada. Doy una calada. La nostalgia me golpea. Escupo con rabia y sigo caminando. Las luces de neón me hacen guiños. Parpadean como estrellas fugaces, dejando tras de sí una estela de luces verdes, azules y amarillas. Me detengo a la entrada de un pub. Dos de las bombillas del letrero parpadean como ojos de cristal que tuvieran un tic. Tiro la colilla al suelo y entro.

Dentro huele a humedad. Llego a la barra. Me siento en un taburete con remiendos de esparadrapo. Pongo una mano en la barra. Sensación pringosa. Se me acerca una camarera. Aspecto neogótico. Pintura estilo puerta. Ojeras marcadas con sombra de ojos. Tez lívida. Poca ropa. Ceñida. Medias de rejilla con tomates. Una seductora imagen de la pálida dama. Pido una cerveza. El bar está vacío. Vuelve con dos. Las abre delante de mí. *Pssst. Psssst.* Deja caer las chapas sobre el mostrador. Me da una. Coge la otra. La levanta como si fuésemos a brindar. Paso. No tengo el cuerpo para estupideces. Doy un trago. *Last Deception* crepita en los altavoces. Afortunadamente ese ruido de fondo impide que hablemos más de lo necesario. Mato, más que paso, el tiempo. Por

suerte la camarera se ha apartado a un lado. Está de espaldas a mí. Por debajo de la minifalda asoma un liguero de color rojo. Parece la imagen de una víctima de un delito sexual. Miro la pared que tengo delante. Fotografías de cementerios. Calaveras de plástico. Cámaras antigás de la Segunda Guerra Mundial. Un ataúd en miniatura apoyado contra una estantería repleta de botellas y cirios. “¿Qué hago aquí?”, me pregunto. Ella se pone en pie. De perfil la capa de pintura permite entrever las facciones que oculta. Da un trago. La imito. Por un momento, hace que se me acelere el pulso. No doy crédito a lo que estoy viendo. La música ha cambiado. Ya no hay gritos guturales. Ahora suena algo parecido a la banda sonora de una peli porno de los años setenta. Por un momento, su rostro me ha parecido idéntico al de la tía de la foto. La misma a la que me tengo que cargar, pero visto lo visto, parece que alguien se ha adelantado. Me río para mis adentros de mi propia gracia. Ella me mira. Se encoge de hombros. Enciende un cigarrillo. Me ofrece uno. Tabaco negro. Niego con la cabeza. Doy otro trago. Hago dibujos sobre el mostrador con los cercos de humedad que deja el culo de mi cerveza. La puerta se abre. Entra un tío alto y fuerte. Se acerca a la barra. La camarera y él se dan el lote delante mío. Un poco más y me sentiría como en la sala *Bagdad* ante tanta efusividad. Él pasa al otro lado. Ella se mete en el cuarto de baño. El nuevo camarero se abre una cerveza y pasa de mí. A los pocos minutos ella sale del baño. La cara recién

lavada. El modelito totalmente distinto. Abro los ojos de manera desorbitada sin poder remediarlo. Es la misma que la de la foto. La he tenido a tiro, y no he caído en ello. Puto maquillaje. Trato de aparentar como que la cosa no va conmigo. Se sienta a mi lado en otro taburete remendado. Doy un trago. Ella me mira. El camarero sigue a su rollo.

—¿No me vas a invitar a nada? —pregunta, mirándome de manera provocativa.

No entiendo nada. La miro. Miro al camarero. A la cerveza. No sé qué decir.

—Tranquilo, es inofensivo —añade, señalando al otro lado de la barra.

Niego con la cabeza. Apuro mi bebida y salgo por la puerta. El aire de la noche lame mi cuerpo. Me siento sobre el capó de un coche. Enciendo un cigarrillo y espero. Cinco minutos más tarde aparece ella. Me mira. Sonríe. “Sabía que estarías aquí”, dice. “Eres demasiado previsible”.

Arqueo las cejas con cierta arrogancia. Me acaricio el mentón. Áspero. La ducha post-resaca no incluye rasurados castrenses. A mi espalda algo pasa corriendo y desaparece en una alcantarilla. Un gato maúlla en la lejanía. La miro. Ella sonríe.

—Lo sé todo sobre ti, pero no te preocupes, tus secretos están a salvo conmigo —dice.

Ahora me toca sonreír a mí. “No tienes ni puta idea de quién soy y de lo que pretendo”, pienso. Ella gira sobre los tacones de sus zapatos y comienza a caminar calle abajo. Doy una calada. Hoy no tengo ganas de nada. Ya cumpliré con el encargo otro día. La sigo con la mirada, hasta que gira en una esquina y desaparece de mi campo visual.

Días después. Ante mí el tío que me había contratado. Ojos llorosos. Pulso tembloroso. Mirada asustada. Le describo cómo fue todo el negocio:

—Di con ella en un bar. Trabaja de camarera. Así rollo gótico, ¿lo sabías? —niega con la cabeza. Una lágrima resbala por sus mejillas. Casi siento hasta pena —. Bueno, el caso es que lo llevaba con su nuevo novio. Un tío bastante cachas, como me dijiste. Acabé con los dos. Dos tiros en la cara a cada uno. Después quemé el bar.

—Oí que se había quemado un bar —dice, sorbiéndose los mocos.

—Sí. Traté de dejarlos irreconocibles. Para que nada vinculase el tema con un motivo pasional, y, al parecer, lo conseguí.

Silencio entre los dos. Lo único que deseo en ese momento es que me dé el sobre con los doce mil euros que quedan. El resto me la suda. Sus lagrimitas de cocodrilo me dan igual. El dinero y si te he visto no me acuerdo. Tierra de por medio. Una ligera

quemazón en forma de miedo que me asalta. Quien lleve a cabo la autopsia, espero que solo se encuentre carne chamuscada. Ningún vestigio biológico al que hacer una analítica. De lo contrario, la presencia de barbitúricos y alcohol puede complicarlo todo.

Se suena ruidosamente. Tartamudea palabras ininteligibles. Finjo compadecerme de él. Me paga. Me voy, dejándole con su dolor.

Monto en el coche. Arranco. Destino: una nueva vida. La carretera desfila ante los cristales de espejo de mis gafas de sol. En el equipo de música suena Joaquín Sabina y Fito Páez. Enemigos íntimos. Fito canta no se qué “sobre la nostalgia que amarga la huida”. A mi cabeza acude una vez más el recuerdo de lo vivido en los últimos días. La noche siguiente acudí una vez más al bar. La historia se repitió. El local vacío. Cerveza en silencio. El cachas que llega. Cambio de turno. Yo que salgo fuera. La camarera también lo hace a los pocos minutos. Hablamos.

–Sé quién eres. Sé a qué te dedicas –dice.

–Lo dudo –respondo, haciéndome el tipo duro.

–Sé que mi ex novio te ha pagado para que me mates.

Callo. Silencio incómodo. Trago saliva. Gesto inútil. Tengo la lengua seca.

–Puedes hacerlo. O no –sigue diciendo.

La miro con recelo. “¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?”, pienso. Miro a mi alrededor buscando una cámara oculta. La aparición de un presentador televisivo. Una parodia de los *realities*. El argumento de un relato que leí una vez y no recuerdo dónde ni cuándo.

Se acerca a mí. Me pongo en guardia. Ella se ríe a carcajadas. La barbilla elevada hacia el cielo nocturno. Su cuello blanco frente a mis ojos.

—Eres tú al que han contratado para matarme, no al revés —se acerca más—. Puedes matarme, o podemos escaparnos juntos.

Frunzo el ceño. La miro de cerca. Sus labios carnosos se me insinúan. Un plan comienza a ganar peso en mi cabeza.

—Eres un asesino —dice, separándose de mí—. Dale gato por liebre. Te quedas con el dinero y la chica. Es lo que todos los malos queréis, ¿no?

—¿Y qué pasa con el de ahí adentro? —pregunto, señalando la puerta del pub.

—Me he cansado de él. Soy como una mantis religiosa. Cuando me cансo del macho le arranco la cabeza y me como sus entrañas.

—Suena tentador —digo, más por seguirle la corriente que por otra cosa.

Ella me mira fijamente. Se muerde los labios. Me cuesta caer en

la cuenta, pero empiezo a sentir una terrible necesidad de poseerla. Si luego me decapita, a la mierda. Que me quiten lo bailao.

—Piensa cómo vas a hacerlo. Evita problemas. Coge la pasta y huye conmigo. El dónde es lo de menos. Lo pasaremos bien.

Se acerca a mi cuello. Ahora no doy ningún tipo de respingo. Más bien todo lo contrario. El calor de su aliento me recorre como una sensual brisa de aire cálido. Un anticiclón en mitad de la borrasca que tengo por vida. Sus manos recorren mis piernas. Sé qué lo harás, dice con voz sensual antes de separarse.

El cazador cazado. Asiento en silencio. Vuelve a reírse mirando al cielo. Su garganta se mueve al son de sus carcajadas.

—En ese caso, cuando tengas todo resuelto, pásate a buscarme por la dirección del sobre que te dio el gilipollas de mi ex —añade antes de darse media vuelta y marcharse.

La veo alejarse. Noto su ausencia, pero el calor que ha invadido mi cuerpo ahí continúa. Mi cabeza es una orgía romana de pensamientos enfrentados que acaban sodomizándose unos a otros, dejándome en un mar de dudas. La idea me tienta. El dinero es lo de menos. El lugar es lo de menos. Desaparecer de esta puta ciudad de mierda y empezar de cero: una idea prometedora. Me levanto del capó del coche. Estiro los músculos de la espalda. Un par de vértebras crujen. Sus últimas palabras retumban en mis

tímpanos: “Piensa cómo vas a hacerlo. Evita problemas. Coge la pasta y huye conmigo. El dónde es lo de menos. Lo pasaremos bien.”

“¿Por qué no?”, me interrogo a mí mismo mientras sigo la misma dirección que ella ha tomado. Camino cegado. Excitado. Trazas de su perfume aún llegan a mí flotando en el aire. El incauto macho de la mantis religiosa siguiendo un reguero de feromonas. Una finalidad: aparearse. Una consecuencia: morir en el espacio post-coital. Un pensamiento: todos morimos. Un refrán: la gente como yo, nunca muere en sábana blanca. Una voz en mi interior: no lo hagas. Una realidad: voy a hacerlo. Un axioma: estoy francamente jodido.

De vuelta al presente. Aparco el coche. Entro en la terminal del aeropuerto. Camino esquivando maletas. Tengo un humor de perros. La bolsa de deporte con el dinero me pesa. Algo en mi cabeza me dice que no va a salir bien. La veo entre la muchedumbre. Me sonríe. Viste una falda vaquera, sandalias romanas y una camiseta de tirantes: destino el Caribe. Ella se encargaba de los billetes. El destino es una sorpresa, me había dicho. Me acerco a ella. Nos besamos. Me mira a los ojos.

—Pareces cansado —dice.

—No mucho —respondo dejando la bolsa en el suelo.

–En ese caso...

No termina la frase. Me mira con picardía. Tira de mí hacia el baño. Nos metemos en el aseo de mujeres. Las maletas se han quedado en mitad de la terminal. Mi bolsa. El dinero, digo atropelladamente. Pero no hay tiempo para más. Tan pronto como cierra la puerta, saca un revólver del bolso y unas esposas. La miro atónito. Me golpea con el cañón en la frente. Una patada en la rodilla me hace caer al suelo. Con destreza me maniata a la pata metálica de uno de los lavabos. Se ríe de mí en mi puta cara.

–¿Creías que no había comisiones? –pregunta riéndose.

Cierro los ojos. Ella se va. Un macho de mantis religiosa decapitado se materializa en mi cabeza. Una finalidad: aparearse. Una consecuencia: perder la cabeza en el intento. Un pensamiento: ¿qué va a pasar ahora? Un refrán: las desgracias nunca vienen solas. Una voz proveniente del pasillo: “¡Policía! Vamos a entrar, no oponga resistencia”. Una realidad: la puerta se abre con fuerza y entran cuatro tíos de paisano que me apuntan con sus armas. Un axioma: ahora sí que estoy francamente jodido.

**Ignacio Barroso Benavente (1984)** Químico de profesión e intento de escritor por vocación. A día de hoy, entre otros muchos proyectos, trabaja en una novela ambientada en el Nueva York de los años treinta y es el principal, y único, culpable del blog de poesía: <http://versatil84.blogspot.com>